

Los hombres -todos- necesitan una cierta cantidad de bienes materiales e inmateriales para su perfección moral. Por debajo de ella, tratados como seres inferiores, sin libertad social, se ven obligados para subsistir a abdicar de su humana dignidad. Por encima de ella, adquieren una ilusión de sobrehumano poder que les conduce a la perdición. He aquí por que el hombre -todo hombre- debe disponer de aquella parte de los bienes que equitativamente le corresponden, ni demasiado, ni demasiado poco. Este limite debe ser establecido por la justicia. Pero también la justicia, por su parte, tiene un límite, es limitada, no sólo porque necesita de la equidad (que en definitiva es parte de la justicia), sino porque como hemos visto su tarea es infinita. Aún más no es el orden o nivel de la justicia, sino el orden y el plano del amor, el primer fundamento de la realidad. Hay que agregar que lo mismo el derecho -aspecto justo de la realidad- que el amor -arraiga en el ser del hombre, y aún cuando uno se vuelve hacia lo externo y su ejecución, en tanto que el otro mira hacia los actos interiores, ambos son inseparables y por lo mismo, constituiría un gravísimo error intentar disolver lo sobrio, ceñido y justo de la justicia en sentimientos aparente o realmente elevados.

## CAPÍTULO XII.

### FORTALEZA Y TEMPLANZA.

#### A. LA FORTALEZA.

1.- *La fortaleza y los jóvenes.* Esta virtud se expresa en Historia de la Filosofía a través de dos vertientes, por un lado significa soportar y por otro emprender o lo que sería lo mismo la valentía o magnanimidad.

Hoy, lo había entredicho ya, nos hemos olvidado de las virtudes y nunca tal vez han hecho más falta como ahora; me imagino al joven de 16 años explicando a sus papás las calificaciones obtenidas y exponiendo razones insospechadas de los malos resultados: ¡no me gusta la clase, no me gusta estudiar!; ¡no le entiendo al maestro!; ¡no tengo los libros!; ¡siempre me da sueño!. ¿Y qué pasó?, preguntaríamos todos, con la fuerza de voluntad donde se genera esa falta de ánimos y disposición, por qué aceptamos con mucha facilidad que los jóvenes se fortalezcan físicamente sin buscar antes la fortaleza moral. Una gran mayoría excluye el sacrificio de su manera de vivir y la fortaleza es nada menos que la capacidad de enfrentarse a obstáculos y la posibilidad de superarlos. Las generaciones futuras podrán ser muy inteligentes, mejor alimentadas, pero nunca fuertes.

2.- Descripción. Volviendo a la teoría, decíamos que la fortaleza tiene un lado defensivo de sobreponerse al miedo, de sostén y de soporte; y otro ofensivo y emprendedor de considerar las empresas como fáciles de realizar; el presupuesto de la actitud defensiva es la existencia del mal, la vulnerabilidad de la existencia, la amenaza de la realidad, y la fragilidad y riesgos constitutivos de lo humano, el presupuesto del segundo es la capacidad que el hombre tiene de desarrollar su propio medio y circunstancias de contribuir al bien común.

a) La *andreia*. La fortaleza como valentía (*andreia*) y como magnanimidad (*megalopsykhia*) se somete a la más dura prueba: al peligro de la muerte. Todo mundo reconoce que la muerte es el momento donde la persona se ve a sí misma en toda su extensión con una soledad e individualidad tremendas, es un acto singular e individual del hombre, por eso el peligro y el dolor es mayor que en cualquier otro momento. Sin embargo el peligro de la muerte surge principalmente en la lucha -guerra- de ahí que el martirio sea el acto principal de la fortaleza puesto que los mártires son precisamente los que reciben el efecto de la lucha; el martirio antes que derramamiento de sangre es testificación de la verdad y como tal pertenece también a la virtud de la justicia (veracidad). Por tanto toda confesión de la verdad, cuando la verdad es difícil de decir e intolerable de oír, participa de la virtud de la fortaleza al igual que de la justicia. No hay que confundir a los que hablan porque su hablar no implica ningún peligro ni tampoco a los que hablan porque sus palabras no tienen valor.

b) La *verdad y la libertad*. Decir la verdad no resulta problemático cuando la persona tiene seguridad económica, física y social, esta virtud tiene mérito cuando se está en la incertidumbre. Es la inseguridad del hombre común y corriente sin sindicato, sin dinero y sin relaciones: "mantenerse en

la verdad -vivir en la verdad y decirla- y en la "libertad"; es lucha contra la presión social de un mundo que se aparta de ellas por su incapacidad para soportar la verdad y por su "miedo a la libertad". Los hombres consideramos que la verdad y la libertad constituyen una carga demasiado pesada para llevarla sobre nosotros y abdicamos con gusto de ella a cambio de una seguridad aparente y de que otro elija por nosotros. Pero por lo mismo para que nuestra "seguridad" sea tal, necesitamos acallar la "mala conciencia" de nuestra alineación y de ahí que no permitamos la proclamación de la verdad, ni la llamada libertad.

c) La *magnanimidad*. La segunda vertiente de la fortaleza la magnanimidad, que equivale en griego a la "grandeza del alma", significa originariamente "generosa clemencia en el perdón de las ofensas", esta idea original se completa en la ética nicomaquea "ser magnánimo es ser y juzgarse digno de grandes empresas"; tiene aspiración a los grandes honores pero se buscan en cuanto suponen una proyección y un reconocimiento exterior de la grandeza interior. La grandeza en su lado positivo o sea en la prosperidad, tiende a la posesión del mundo en la adversidad, lo desprecia. Esta magnanimidad pasó a ser con los estoicos un desprecio del mundo, prevaleciendo sobre el espíritu de conquista; Santo Tomás recupera el pleno sentido humanista de Aristóteles y hace consistir esta virtud: "en la manera racional de esperar aquellos bienes naturales de cuya consecución nos sentimos capaces".

A la magnanimidad corresponden otras dos virtudes, la fiducia o confianza, que por otro lado es también muestra de fortaleza y la *securitas* (frente a la desesperación) que también en cuanto libra de temor tiene relación con la fortaleza.

## B. VIRTUD DE LA TEMPLANZA.

1.- *Dos concepciones.* La concepción de esta virtud se ha diversificado también en dos líneas, los griegos concibieron la *sophrosyne* más como un modo de ser que como virtud; como *ethos*, conformación de la personalidad, como una actitud general a la realidad y una manera armoniosa de concebir la relación entre el alma y el cuerpo, por eso los griegos vieron en la *sophrosyne* la manifestación de la belleza, siendo la ética también estética; fueron más tarde los estoicos y ésta es la segunda concepción y más tarde los cristianos quienes pusieron el acento de la temperantia, más bien en la ascesis (dominio a partir del espíritu de todas las pasiones del cuerpo). Santo Tomás, sin embargo conservando como un reflejo de la concepción antigua, advierte que la templanza (temperantia), es condición para percibir la belleza de la realidad. Porque el hombre a diferencia de los animales, puede deleitarse, no sólo con el tacto en lo que atañe a la conservación de la naturaleza humana, sino también como una complacencia desinteresada, en casos tales como un sonido bien armonizado a la contemplación de un paisaje.

Concepción cristiana; quedándonos de lleno con esta segunda concepción de Santo Tomás sobre la templanza, diremos que ésta es mucho más concreta, especial y determinada que la *sophrosyne* griega y en este sentido es propiamente una virtud entendida como moderadora de las pasiones concupiscibles, entre ellas principalmente la del tacto.

Esta virtud se opone en primer lugar, no sólo dice Aranguren como suele pensar la mojigatería moral a la intemperantia (sin-templanza) sino también a la insensibilidad, no sólo para medir el exceso sino para evitar el defecto.

Otra afirmación importante del tomismo es la de que la templanza, por ser una virtud subjetiva y

por la materia misma a que se aplica, es inferior a las otras virtudes, de esta manera se le concreta demasiado, viniendo a parar fundamentalmente en una actitud con respecto a la sensibilidad (con todo, debe añadirse que el vicio opuesto, la intemperancia, es el más embrutecedor, el que más rebaja al hombre). Al examinar la conexión existente con los vicios y su relación con la prudencia aflora la importancia de la templanza. En efecto y como ya dijo Aristóteles, es la salvadora y preservadora de la prudencia, ¿qué quiere decir esto?, ya hemos visto que la prudencia es ante todo la virtud que nos asegura el sentido de la realidad. Ahora bien, lo primero que nubla la intemperancia es la realidad plena y objetiva para no dejar percibir más que el interés subjetivo que la hace deseable. La lujuria por ejemplo encuantra "abstrae" de la realidad una única nota, empobrece la mirada, la desvía por el estrecho cauce de la sexualidad concupiscible. Evidentemente la intemperancia en cuanto "vida disoluta" supone también la pérdida de la fortaleza.

2.- *Aplicación actual.* En nuestra época esto, como las demás virtudes, ni se conocen ni se mencionan, ni se tiene interés en practicarlas, dadas las condiciones de poca reflexión, se necesita vivir más esta última virtud. La preeminencia del hombre robot, del hombre masa que exige una virtud que resablezca la medida razonable de los sentidos, a fin de recuperar el equilibrio humano. La sensibilidad alcanza en nuestros tiempos un grado, que se traduce en la pasión de la codicia y del placer.

Los motivos de mesurabilidad en nuestro ambiente no son morales sino de otro orden; si alguien deja de comer no es con un sentido de medida sino con el interés de verse mejor. Los excesos se evitan por miedo pero no por convencimiento, se teme a los hospitales y a los psiquiatras.

3.- *Clasificación.* Santo Tomás distingue en la temperantia (templanza) partes integrales, subje-